

Abluciones

La primera situación difícil se nos presentó al iniciar las abluciones matinales. El cuarto de baño carecía de ducha. Darse un baño de tina, de resultar posible, prometía ser una empresa dilatoria y engorrosa; en cualquier caso, era evidentemente imposible, ya que el grifo del agua caliente emitió unas gárgaras débiles y ni una sola gota de agua. Investigando el recorrido de las cañerías, que salían del cuarto y bajaban por fuera del muro externo, pude colegir que el calentador se hallaba inmediatamente debajo del baño, en lo que parecía ser la cocina, y supuse que habría una estratégica llave de paso ubicada tal vez cerca del lavaplatos. Estaba claro: sin una gestión ante la dueña, la prerrogativa individual de darse un baño antes de salir a la calle quedaba bloqueada. Pequeña historia que ilustra lo relativo de las disposiciones constitucionales respecto a la libertad del individuo. Pero la acción de lo contingente habría de ponerse todavía en mayor evidencia cuando, encerrados deliberando en el baño acerca del curso a seguir, vimos girar la manilla de la puerta y luego vimos la puerta responder a un sacudón discreto y luego vimos girar la manilla de nuevo. Se alejaron pasos que con toda certeza venían al baño impedidos por necesidades más urgentes que las de utilizar la tina o el laboratorio. Pasos que intentaron por segunda vez —ahora con audible y visible impudicia— romper nuestras defensas, haciéndolas vacilar entre retener la plaza hasta el final, o rendirla con razonable indignidad. Mientras el señor se alejaba nuevamente, surgió un altermado entre los ocupantes. Mi mujer sostenía la tesis entreguista: había que salir cuánto antes y, lo que me pareció más inicuo, había que salir sin que se nos viera. Yo veía mi honor comprometido en la enojosa situación, y afirmé mi voluntad de no ceder ni un solo milímetro de territorio ganado antes de obtener un reconocimiento material de nuestros derechos a darnos un baño (aunque fuera un baño de tina); es decir, hasta que del grifo no saliera agua caliente.

El atacante rechazado en dos oportunidades no reincidió ni lo escuché bajar al primer piso (donde se hallaba el segundo baño de que disponía la casa), por lo cual deduje que hacía gala de capacidades retentivas envidiables o bien interpretaba a su conveniencia momentánea las funciones del lavamanos de que estaban provistos los dormitorios. Como fuera, no se hicieron esperar los ataques de otros agresores. Me fue patente que no tardarían en combinar sus fuerzas, lo que ciertamente oscurecía el panorama futuro. Así fue como, aprovechando una tregua, nos deslizamos en secreto hasta "nuestra" habitación y procedimos a sustituir la sana costumbre contraída en Chile de bañarnos a diario por un modesto aunque diligente lavado parcial, hábito que el país acabaría por imponernos en forma absoluta.

Según datos que tiempos después leí en *The Observer* —tablas comparativas del número de habitantes por baño en las distintas regiones del Reino Unido y estadísticas de la frecuencia de uso de los baños públicos— hay un porcentaje no desdeñable de la población inglesa que, como promedio, no se baña más de una vez al año, por lo común para Navidad o en celebración de la llegada de la Primavera. Que tal situación no es esencialmente una estrechez impuesta por la pobreza lo demuestra el hecho de que aún en barrios holgados de Londres, como Hampstead, es frecuente que las casonas parceladas en tres o cuatro departamentos independientes, no consulten más de un solo baño para uso de todos los departamentos. (Hace algunos 20 años, cuando Trinity Hall, uno de los cole-

gios de la Universidad de Cambridge, que no es propiamente una institución menesterosa, decidió ampliar su capacidad para admitir unos cien estudiantes más, el Master sostuvo e impuso su opinión de que no era necesario agregar un solo baño nuevo, puesto que los estudiantes volvían cada dos meses a sus casas. Por otra parte, Cambridge es también una avanzada del progreso en materia de higiene. Allí trabajó y perfeccionó sus investigaciones Sir John Harrington, el eminente inventor del water closet. Y no se olvide, en cualquier caso, que una de las contribuciones británicas a la civilización contemporánea ha sido la exportación de artefactos sanitarios. Pero los países desarrollados se caracterizan, entre otras cosas, porque exportan lo que no les sirve o no desean para sí.

Bajamos, en fin, al desayuno, que fue servido en una habitación tan grande y fría como "nuestro" dormitorio. Los muebles ingleses, aquellos muebles confortables, sobrios y acogedores que uno suele ver en ciertas casas santiaguinas o porteñas acomodadas, eran de imitación. La casa inglesa, bien mirada, era igualmente de imitación con sus resabios neogóticos y clasicistas. Pero, el plato con un huevo frito, un par de salchichas, una tajada de tocino y una porción de porotos de tarro, era perfectamente auténtico. Curiosa idea, comer porotos al desayuno. "Al país donde fueres has lo que vieres". Sabia máxima que no desdeñamos cumplir: al no protestar nadie, tampoco lo hicimos nosotros. Pero nos atuvimos a la máxima sólo en parte, pues no comimos los porotos. Luego vinieron los cornflakes y terminamos con el consabido té, que los demás comensales bebían a sorbos entre mascadas de huevo y de porotos, leyendo el *Hull Daily Mail*. Parecían en su mayor parte ser vendedores viajeros. Al menos lo era nuestro vecino, con quien cambiamos algunas palabras: representaba a una casa de Stoke on Trent manufacturera, oh casualidad, de artefactos sanitarios. Naturalmente que al suministrar esta evidencia yo mismo pongo en tela de juicio mi teoría de que no había mercado interno para aquellos artículos de tan afamada exportación. Sin embargo, es preciso apuntar que la casa comercial representada por nuestro vecino se especializaba en lo que en Chile suele llamarse "silenciosos". Como ocurre con todo hombre que se especializa, ciertas particularidades de su especialidad se habían traspasado a la persona de nuestro contertulio. Hablaba poco, y la piel de su rostro y sus manos era de una blancura fría y fulgente, como losa lavada a chorros. Nos facilitó su ejemplar del *Hull Daily Mail* y se enfrascó en el *Daily Express*, de Londres. Examinamos el diario local. Primera página: Fotografías de un accidente de auto en la Carretera N° 1 y de Jenny Mell, actriz local que triunfaba en la televisión de Manchester. Segunda página: Notas firmadas, una sobre la educación del Príncipe Carlos; otra sobre la próxima visita de Sir John Barbirolli. Tercera y cuarta páginas: Vida Social. Foto del matrimonio de Lady Rhoda Etephen, of Pickering, Yorkshire, y del Capitán S. P. Jones, of Llangollen, Gales. Mucho pesar acumulado en ocho inserciones, ante el deceso de un juez, y algo menos de pesar —sólo cuatro inserciones— ante el del manager de una cokería. Mucho júbilo —seis inserciones— ante la llegada de mellizos para Mr. y Mrs. Christie, todavía más júbilo —nueve inserciones— ante los 21 años (the coming of age) de Anthony B. Black. El resto del diario eran carreras de caballos, la televisión del día y notas varias sobre cine y teatro. El resto del diario lo vimos a la carrera, porque ya era hora de partir a la entrevista en la Universidad.